

El Misionero de la Misericordia cautivó a los cubanos

—• Por Gustavo Andújar •—

Ante los dichos y los hechos del papa Francisco nadie queda indiferente. Su radical vivencia de la humildad evangélica, su accesibilidad y cercanía, su lenguaje claro y directo, han representado un notable cambio de estilo en relación con sus antecesores y han sorprendido a sus habituales audiencias que, acostumbradas a un lenguaje elaborado y cuidadoso, escuchan ahora a alguien que habla sin temor a ser mal interpretado porque no teme dar explicaciones, reconocer que no usó la expresión más feliz, y aun pedir disculpas. Sobre su reciente visita a Cuba, con la que el Santo Padre ha querido potenciar los canales de comunicación que él mismo ayudó a reabrir entre la Isla y los Estados Unidos, uniendo a ambos países en un mismo viaje, trata el presente artículo, que fija su atención en el modo en que diversos sectores de la sociedad cubana recibieron al “Mensajero de la Misericordia”.

» *El pueblo*

Además de ser el primer latinoamericano elegido Papa, lo cual de por sí le granjea los sentimientos de adhesión de los cubanos, Francisco se ha erigido en defensor incansable de la primacía de la dignidad de todos los seres humanos, comenzando por los más humildes, y esa faceta de su pontificado ha recibido amplia divulgación en Cuba. Sus visitas pastorales a Ecuador, Bolivia y Paraguay, realizadas apenas unas pocas semanas antes de la visita a Cuba y los Estados Unidos, fueron cubiertas por la televisión cubana con un insólito grado de detalle y profusión de imágenes televisivas, de manera que el pueblo ya se había visto expuesto al llamado “efecto Francisco”, esa corriente de contagiosa simpatía que este hombre humilde, que desempeña su misión de pastor de la Iglesia universal con la misma sencillez con que atendería una pequeña parroquia, despierta en quienes lo ven y escuchan.

La llegada del Papa a la Plaza de la Revolución de La Habana fue su primer contacto cercano con el pueblo. Antes de eso había tenido el recibimiento protocolar en el aeropuerto y el de las multitudes movilizadas para saludarlo a lo largo de su rápido

recorrido posterior hacia la Nunciatura, pero sin la “inmersión en el pueblo” característica del ministerio del Papa Bergoglio. A la mañana siguiente, una primera sorpresa fue la gran anticipación con que llegó a la Plaza, para dedicar un largo rato a recorrerla antes de la Misa.

Los cubanos fueron decididamente conquistados por este hombre que quiso tocarlos y abrazarlos, que cargó y besó a todo niño que le acercaron y que descendió de su vehículo especialmente para besar y consolar a los más pobres entre los pobres, resaltando la tantas veces ignorada pero esencial, irreductible, dignidad personal de cada ser humano. Ya cerca del final de la visita, su diálogo con las embarazadas durante el encuentro con las familias en la Catedral de Santiago de Cuba, pidiéndoles que se tocaran el vientre (“la pancita”, les dijo) para que “acaricien al hijo que están esperando”, mientras las bendecía, fue un hermoso y potente alegato provida que, en un país donde nacen cada vez menos niños, tocó el corazón de muchísimas mujeres para ayudarlas a abrirse al milagro de la existencia. Fue otra manifestación de su modo personal, tierno y misericordioso, de abordar los grandes problemas morales de nuestra época: más que de tronar amenazas de condenación eterna, se trata de acoger, sanar, perdonar; más que de hablar como quien está por encima del pecador, se trata de ponerse a su lado, reconociéndose pecador uno mismo, pero también portador del anuncio del amor sin límites que Dios tiene por nosotros, ese amor que, como nos dice san Pablo, “todo lo perdona, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”, y que “nunca falla” (1 Cor, 13, 7-8).

El enorme bien que hicieron las visitas de Juan Pablo II y Benedicto XVI ya había demostrado que el pueblo cubano es muy receptivo hacia el mensaje de paz, justicia y reconciliación que trae el sucesor de Pedro. La visita de Francisco a Cuba como “misionero de la misericordia” resultó ideal, porque nuestro pueblo, capaz de dar generosamente de lo poco que tiene ante el dolor del necesitado, entiende el lenguaje de la misericordia y reconoce en él el mismo mensaje de perdón y reconciliación que tanto necesitamos todos.

Una mención especial merece la alocución a los jóvenes reunidos ante el Centro Cultural Padre Félix Varela. Ni siquiera aquel discordante grupo de jóvenes de caras inexpresivas, a veces hoscas, que se posicionaron desde temprano de la primera fila –la más cercana a las cámaras de televisión–, obviamente con la tarea “político-ideológica” de impedir que alguna manifestación inconveniente pudiera verse en pantalla, pudo opacar el desbordante entusiasmo que desplegaron los miles de jóvenes que participaron en aquel inolvidable encuentro con el Papa.

En una sociedad cansada y desilusionada, muchos de cuyos jóvenes tienen como principal aspiración irse del país, el Papa les habló de la capacidad de soñar. Fue un discurso poderoso, que parte de una opción de fe, pero puede sustentarse incluso para aquellos que no creen. El Papa les habló también de la capacidad de trabajar para construir lo que se sueña, lo que se espera, y los retó a ser capaces de dar vida alentando una esperanza. Fue impactante para quienes estábamos allí el modo en que los jóvenes presentes vibraron con este mensaje.

» *La Iglesia*

Para la Iglesia en Cuba la visita representó, en primer lugar, una oportunidad excepcional para evangelizar. Primero, durante la preparación, con la impresión y distribución de carteles, plegables informativos y toda la acostumbrada gama de materiales publicitarios. Cuba es un país mayoritariamente creyente, con una fe de indudables raíces católicas, pero decenios de educación y propaganda atea han dejado un triste legado de ignorancia religiosa que se tuvo muy en cuenta al preparar los materiales de divulgación sobre la visita papal, concebidos para que tuvieran también el mayor valor catequético posible.

También durante la etapa preparatoria, y con el mismo signo evangelizador, estuvo el trabajo de organización, realizado junto con numerosas entidades y personas involucradas en esa labor a todos los niveles. Quienes participaron en la comisión conjunta Iglesia-gobierno, que tenía a su cargo la coordinación de los muchos y diversos aspectos organizativos de la visita, coinciden en señalar que la colaboración con diversos organismos del Estado y del Partido fue en esta ocasión especialmente eficaz, y el funcionamiento de la comisión como tal se desarrolló en un ambiente de distensión y cordialidad. La oportunidad de trabajar juntos en la solución de problemas a cuya complejidad se añade la limitada disponibilidad de recursos, redundó siempre en un mayor conocimiento mutuo, contribuye a eliminar suspicacias y prejuicios, y fomenta el surgimiento de valiosas relaciones personales.



Después, ya inmediatamente antes de y durante la visita, la Iglesia pudo evangelizar de forma directa a través de los medios, el acceso a los cuales le está habitualmente muy restringido. Durante la semana anterior a la visita, la televisión nacional transmitió, a propuesta de la Iglesia, varios documentales sobre el papa Francisco, uno de los cuales debió ser retransmitido ante la insistente solicitud de los televidentes. La visita fue cubierta en su totalidad por la televisión, y durante esos días la población siguió atentamente cada celebración, cada encuentro, cada alocución. Las transmisiones contaron con los comentarios del padre Rolando Montes de Oca, un joven sacerdote camagüeyano que ejerce su ministerio como misionero en Maisí, localidad muy pobre y apartada perteneciente a la diócesis de Guantánamo, en el extremo más oriental de la isla. El padre Rolando se reveló como un comunicador extraordinario, que cautivó a la audiencia –y a los locutores y comentaristas de la televisión que compartieron con él las transmisiones– con sus lúcidos comentarios, siempre informativos y formativos, llenos de sensatez y sabiduría, y hechos además con delicadeza exquisita. Su participación dejó a muchos con deseo de más, preguntándose por qué la Iglesia no podría tener en los medios espacios donde se trataran los temas que el padre Montes de Oca aprovechó para abordar en sus comentarios: el valor insustituible de la familia, la importancia de una existencia vivida en la verdad y para el bien, la dignidad de la persona humana y su primacía en todo ordenamiento social.

» *Las autoridades y otros actores políticos*

Desde la misma ceremonia protocolar de recibimiento en el aeropuerto, el Papa dejó en claro sus prioridades: en su discurso incluyó un saludo a Fidel Castro, pero lo hizo pidiéndole al presidente Raúl Castro “que trasmita mis sentimientos de especial consideración y respeto a su hermano Fidel”. La mención del vínculo familiar enfatiza la relación con la

persona antes que con el hombre público. Más tarde, en la visita que realizara a Fidel, le regalaría documentos y grabaciones del padre Armando Llorente, sacerdote jesuita que fuera mentor de Fidel cuando este hacía sus estudios secundarios en el Colegio de Belén. De nuevo hay un esfuerzo por llegar a la persona, ahora mediante la referencia a su etapa juvenil, anterior a su transformación en el líder guerrillero enfrentado al imperio. El Papa privilegia a la persona, no al personaje, y a ella se dirige.

Es significativo que en la ceremonia de bienvenida, inmediatamente después de enviar su saludo a Fidel, el Papa saludara también “a todas aquellas personas que, por diversos motivos, no podré encontrar y a todos los cubanos dispersos por el mundo”. En Cuba esta es siempre una referencia ambivalente, porque “los cubanos dispersos por el mundo” se ubican en todas las zonas del espectro político cubano. La expresión fue empleada por el Papa, a mi entender, con toda intención, y resultó una temprana manifestación del espíritu conciliador que impregnó la visita. Es cierto que al subrayar en una de sus homilías que corresponde servir a las personas y no a las ideologías tomó clara distancia de la centralidad de la ideología en el ordenamiento socio-político cubano, pero evitó, al igual que sus antecesores Juan Pablo II y Benedicto XVI, tocar temas sensibles de ese mismo orden, como las limitaciones existentes a las libertades de expresión y asociación. La visita del papa Francisco debe entenderse en un contexto internacional complejo, donde lo más inmediato es el difícil proceso de normalización de relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. La Iglesia ha desempeñado un activo papel en ese proceso, aún inconcluso, y debe continuar haciéndolo. Por otra parte, una característica del papado de Francisco es que mientras usa a menudo un lenguaje duro para con los pastores de la Iglesia y al referirse a problemas globales, como las migraciones, el tráfico de armas y el deterioro de la naturaleza, cuando se refiere a gobiernos específicos es generalmente muy prudente, sobre todo cuando existen situaciones tensas que podrían complicarse aún más.

La prensa internacional generó grandes expectativas sobre la actitud que mantendría el Papa hacia los opositores al gobierno cubano. En el programa de la visita no se había previsto ningún encuentro

del Papa con representantes de la oposición como tales. La Nunciatura, no obstante, invitó personalmente a algunos de ellos, pero agentes de la Seguridad del Estado los interceptaron cuando se dirigían a la cita, los mantuvieron bajo arresto hasta que pasó la hora prevista para el encuentro (concebido como una audiencia con un amplio grupo de personas diversas) y los liberaron posteriormente, en una modalidad de arresto preventivo que las autoridades emplean con frecuencia para desarticular acciones opositoras.

Se impone aquí hacer una aclaración sobre los principios que rigen la actuación de los pastores de la Iglesia en el campo del debate político. Les corresponde con todo derecho criticar o elogiar, desde los presupuestos de la ética cristiana, los pronunciamientos o declaraciones de quienes participan en esa lucha, pero no pueden legítimamente respaldar a un bando en detrimento de los otros, ni mucho menos indicar a los fieles en qué partido militar, o por cuál candidato votar. Por supuesto que no ignoro que las actuaciones históricas concretas de la Iglesia no han seguido siempre estos principios, pero me gusta pensar que a esta altura ya hemos aprendido que cuando la Iglesia jerárquica se ha aliado con alguna facción política, los resultados han sido catastróficos para su labor pastoral.

En una reciente entrevista, el cardenal Jaime Ortega, arzobispo de La Habana, relató una conversación que tuvo con el entonces cardenal Bergoglio durante el cónclave en el que este fue elegido Papa. Ortega le comentó a Bergoglio que el papa Benedicto XVI le había dicho en una ocasión: “La Iglesia no está para cambiar gobiernos, sino para cambiar el corazón de los hombres. Ellos se encargarán entonces de establecer gobiernos justos”. El cardenal Bergoglio le respondió, entusiasmado: “Esa cita habría que ponerla en grandes pancartas a la entrada de todas las ciudades del mundo”.

En su trato con las autoridades, el Papa obró en consonancia con el estilo discreto, sin estridencias, que ha mantenido la Iglesia en Cuba, y al hacerlo manifestó su aprecio y apoyo por ese estilo que, a diferencia de todos los empeños por presionar al gobierno cubano, ha mostrado un grado nada despreciable de eficacia.

